

Su parecido extraordinario, con Audrey Hepburn, le valió el título de «Sabrina Española». Y el premio la llevó a París, de donde acaba de regresar.

Avda. de José Antonio n.º 5. Nos informaron en «Espectáculos Callao». Y allá nos dirigimos. La esperamos en un hermoso salón de «estilo isabelino». Nos acomodamos junto a una mesita, sobre la que luce una preciosa porcelana, al pie de un gran balcón abierto sobre la Gran Vía madrileña. Enseguida aparece «Sabrina». Y es como si entrase la primavera. El rostro sin maquillaje alguno, el pelo cortado a lo «corsario» y un aire, más que juvenil, adolescente. Sus hermosos ojos, de un verde muy oscuro, se posan en mí con simpatía.

PILAR RUBIO

«SABRINA ESPAÑOLA»

—Me encantan las entrevistas— asegura con toda sencillez—. Gracias por haber venido.

—¿Te da a tí alguien las gracias por ser tan encantadora?

Mi interlocutora parece avergonzarse y yo continuo:

—¿Cómo quieres que te llame, «Sabrina» o Pilar?

—Da igual. Pero mi nombre es mucho más bonito.

—¿Fuiste tu misma quien descubrió que te parecías a Audrey Hepburn?

—No; fueron unos amigos de mis padres. Pero de esto hace ya algún tiempo. Cuando se estrenó «Vacaciones en Roma». Después mis padres, mis hermanos y mucha más gente coincidió en decírmelo.

—¿Así qué tienes más hermanos?

—Sí; otros cuatro. Pero son chicos y menores que yo.

—¿Lo que mandarás...?

—¡Si se dejaran! Lo que yo daría por tener una hermana de mi edad.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciseis.

—¿Estudias?

—Sí. Curso preuniversitario.

—¿Qué carrera vas a seguir?

—Creo que Filosofía y Letras. No piense que me hace mucha gracia. Pues no me gusta estudiar nada, nada...

Pili Rubio parece arrepentirse enseguida de sus palabras.

—Pero diga— me pide con ojos suplicantes —, que estudiaré mucho. Ponga eso bien claro, para tranquilidad de mis papás.

—Ya está puesto. Y ahora dime. ¿Te vas a dedicar al cine?

—¡No! Aunque el cine me encanta como espectadora. Mi máxima ilusión es la danza — sigue informándonos «Sabrina» —. Soy discípula de Miss Karem. Pero solamente me interesa como educación artística, ¿sabe?

—Comprendido.

—También soy una gran entusiasta de los deportes. Practico sobre todo la natación en el verano. Y me gusta mucho el tenis, aunque no lo hago muy bien.

—Y volviendo a «Sabrina» — digo ahora—. ¿De quien partió el que te presentases al concurso?

—Fué cosa mía. Y más que por las 5.000 ptas. y por el viaje a París, por comprobar si de verdad me parecía a Audrey Hepburn.

—¿Y qué tal tu estancia en la capital de Francia?

—Maravillosa. Estuve en la Opera, en Versalles .. Y pasé muchas veces por la Rue de la Paix.

—¿Sólo pasar?

—Bueno. Este conjunto, por ejemplo, me lo compré allí.

Es un juvenil vestido «príncipe de Gales»: La falda recta y la chaqueta «línea H».

—¿Te gastarías enseguida los «dineros» del premio?

—Casi antes de llegar a París. Gracias que papá .. También me compré muchos discos. Es mi distracción preferida.

—Voy a hacerte la última pregunta.

—¿...?

—¿Al igual que «Sabrina», te has enamorado de algún viejo solterón?

—¡Oh!... ¡No!... ¡No!

—¡Tanto mejor! Aunque ella también sería capaz de transformar el otoño en primavera.

- 1: En la calle, a patadones, van en pos de los millones
- 2: Con el hado haciendo el tuno, sucumbimos cuatro a uno
- 3: Al que vaya por hotel, damos tierras a granel
- 4: En la meca del turismo, se nos cuele el barraquismo



En los años de nuestra mocedad — y de ella hoy nos separan unos treinta — la policía municipal se dedicaba a la caza y captura de cuantos balones rodaban por la vía pública en aquellos partidos de fútbol callejeros que entonces se organizaban en emulación de las paradas de Zamora o de los disparos del mago Samitier. Pero eso ocurría en los tiempos heroicos del fútbol, que era cuando los clubs, muy educaditos, no daban a los jugadores más que los buenos días. Ahora los tiempos han cambiado. Porque realmente ¿quien se atreve a molestar a esa pléyade de muchachos que muy, digamos deportivamente, nos balonean las barbas en plena calle, si quizás con sus patadas están labrando su fortuna?

Y conste que si nombramos a Zamora y Samitier, fué para eludir los de Rial, Kubala y Villaverde con lo que, como buenos cireneos, intentamos hacer menos pesada la cruz que en el calvario británico colgaron a Eizaguirre.

A la ciudad volviendo, cabe consignar nuestro asombro ante los precios fabulosos a que, un día mucho y al otro doble, se cotizan los terrenos. Aquí los palmos, más que cuadrados, ya son redondos. De todos modos, y para los futuros constructores de ho-

teles, creemos haber hallado una solución en la que no tendrán que pagar más que los portes o acarreos. Si encuentran sitio donde meterla, pueden ir al acopio de tierras en cualquiera de las rieras que cruzan la ciudad. Y, según nuestros informes, donde de balde las tierras se cotizan es en la Riera de San Amancio, admitiendo ofertas cualquiera de los vecinos lindantes con su cauce y en especial los residentes a la altura del Gas Vell.

Otra solución por lo visto también existe, y es la de, por expropiación espontánea e indocumentada, hacerse cargo de cualquier terreno, y montar allí una barraca. Puede que para cualquier construcción decente e importante sean precisos muchos pasos, gestiones y papeles. En cambio la barraca está al alcance de todo el mundo y puede construirse en un par de días sin intervención de arquitecto, permiso municipal y libre de impuestos de toda clase. Verdaderamente ya nadie puede discutirnos el título de ciudad que acaba de sernos ratificado. Puede que todavía no tengamos emisora de radio, pero por lo que se refiere al barraquismo andamos ya camino del éxito más lisonjero.

¿Qué diremos al turista cuando contemple este espectáculo? Que se trata de un nuevo camping, mitad inglés, mitad vernáculo, o sea un verdadero «camping qui puguí».

KIK

Florencia M.º Ortiz